

no hay un porqué



Simon Leys es el seudónimo de Pierre Ryckmans, en la foto.



Los naufragos del «Batavia»
Simon Leys
Trad. José Ramón Monreal
Ed. Acantilado, 2011
87 págs.

res y algún niño naufragaron, aunque muchos de ellos consiguieron ganar los islotes de la zona. Y ahí sobrevino un desastre aún mayor. Mientras el capitán y el representante de la Compañía subían en busca de auxilio a Java, un personaje sádico, una encarnación del Mal, el repugnante Cornelisz se hace con el poder y lo quiere absoluto: «Primero fueron masacrados todos juntos los enfermos y los inválidos (...); luego se seleccionó individualmente día a día otras víctimas con distintos pretextos, o sin ningún motivo, pues es su arbitrariedad misma la que constituye la esencia eficaz y sin apelación de todo Terror». Quiere Cornelisz ser un dios, someter a todos,

desmembrar una sociedad minúscula para cumplir su locura. «Para que triunfe el mal solo hace falta que la buena gente no reaccione», escribía el irlandés **Edmund Burke**. Pero los planes del gran asesino se van al traste cuando un grupo de buena gente escapa de su horror, se hace fuerte en una isla vecina y aguarda la llegada del rescate.

A partir de ahí, Simon Leys reflexiona sobre el mal y su origen: «Una sociedad civilizada no es necesariamente una sociedad que tiene una proporción menor de individuos criminales y perversos (...), sino aquella que simplemente les brinda menos oportunidades de manifestar y de satisfacer sus inclinaciones». Cornelisz es el dictador puro, el monstruo. Como los verdugos de Auschwitz, siglos más tarde, al ser preguntados por los inocentes que conducían a la muerte, podría responder: «Para esto no hay un porqué». El mal en medio de la mar de ninguna parte (**Samuel Johnson**: «Ningún hombre se hará nunca marinero si encuentra alguna manera de que lo envíen a prisión»). El horror, el horror. Qué obra, solo por su extensión, magistral.

La juventud del mundo

Claude Lanzmann cuenta su vida excesiva en *La liebre de la Patagonia*



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Días o la llegada a la Luna, constata el lema que el protagonista de estas páginas coloca como divisa existencial: «Cien vidas que viviera no me agotarían nunca».

Tras la primera exhibición pública de **Shoah**, **Jean Daniel** se acercó a **Claude Lanzmann** para estrechar su mano y decirle: «Esto justifica una vida». Quien haya visto **Shoah**, nada tendrá que oponer al veredicto de Daniel. Porque **Shoah** no es sólo uno de los documentos más hondos que existen para asomarse a la oscuridad de nuestra naturaleza, sino una de las manifestaciones más asombrosas que el empeño particular de un hombre se ha atrevido a soñar. No es extraño, pues, que **La liebre de la Patagonia**, las memorias que Lanzmann publicó en Gallimard, dedique su última parte al relato febril y por momentos alucinado de la génesis, proceso y resultado de esa piedra angular del arte del pasado siglo, que narra la tragedia judía y nos asoma sin remedio al abismo de lo que no se puede explicar, los escenarios de la Solución Final, la patria de aquellos a quienes Lanzmann denominó revivant, esos pocos nombres que, para quien una vez ha visto estremecido **Shoah**, se graban ya sin remedio en su memoria: **Abraham Bomba**, **Filip Müller**, **Rudolf Vrba**: los fantasmas de Treblinka, de Auschwitz, de Chelmno.

Pero la importancia de Lanzmann, epítome del hombre excesivo, no se agota en su aventura cinematográfica, sino que esta existencia notablemente narrada, que combina con gusto la aventura de cama con la pasión viajera, la política de altos vuelos con la intimidad familiar, la profundidad filosófica con la veleidad chispeante, nos habla de una personalidad arrolladora y un ego perturbador, capaz de sostener un discurso ininterrumpido sobre el «yo» que sin embargo no agota al lector ya avisado del narcisismo del narrador, sino que le hace experimentar una feliz empatía mediante la que Lanzmann se convierte en su embajador por un mundo turbador y excitante, que, del maquis francés a la Guerra de los Seis



La liebre de la Patagonia
Claude Lanzmann
Seix Barral, 2011

La suya es una existencia notablemente narrada que no se agota en lo cinematográfico

Amigo de **Sartre** y amante de **Simone de Beauvoir**, director de *Les Temps Modernes*, hombre capaz de compartir mesa y mantel con **Nasser**, con **Sharon** y con **Mitterrand**, embajador del amor occidental en Corea del Norte durante un episodio memorable que por sí solo justificaría la lectura de este grueso volumen, alma brutal y emotiva, lasciva y piadosa, libre y por lo tanto cruel, Lanzmann cierra sus memorias con una bellísima imagen explicativa de por qué decidió servirse de la figura de la liebre para titular su libro. Allí, en un último párrafo escrito en estado de gracia, habla de la «encarnación», del momento en que el hombre y el mundo coinciden en un mismo lugar, en un preciso instante, se «saben juntos», ese minuto de asombrosa clarividencia, tan parecido a una epifanía, en que la vida, y por extensión quien la contempla, se manifiesta joven, eterna, inmortal, segura de hacernos sentir que, después de todo, y a pesar de los pesares, merece ser apurada y celebrada hasta las heces.

Guía de la Cultura

Ezra Pound

Presentación de Nicolás G. Varela

Traducción de Luis Núñez Díaz

Capitán Swing. 368 páginas. 20 euros

Es provocativo, es fascista y es genial: ¡Es Pound!

Sí, claro; el lector de esta provocadora **Guía de la Cultura** encontrará en ella elogios a **Mussolini**. Sin ellos, un «pound» de 1938 no sería un «pound». Es la anécdota, inevitable, que rodea a cualquier objeto tocado por «el último fascista prohibido».

Vayamos, pues, más allá. **Pound** consideraba esta **Guía**

de la **Cultura** su mejor obra en prosa y la incluía entre sus logros mayores, junto a los **Cantos**. En sus páginas, el inmenso poeta e intelectual da rienda suelta a su sabiduría («no pretendo resumir la Enciclopedia en 200 páginas») y a sus filias y fobias para proponer una alternativa crítica y revolucionaria al concepto bur-



gués de Cultura. Escrita en un mes, «para personas que no pudieron permitirse una educación universitaria», la obra arranca de las **Analectas de Confucio** y se articula en numerosas entradas breves en las que no queda títere con cabeza.

Tristessa

Jack Kerouac

Ilustraciones de Dani Orviz

Traducción de Daniel Ortiz Peñate

Escalera. 112 páginas. 16 euros

Kerouac mexicano con morfina, gallo, gato y perro

Budismo y drogas fueron dos de los ejes vertebrales de los escritos de **Kerouac** (1922-1969). En **Tristessa**—escrita en 1955 y 1956, pero publicada en 1960—, el lector encontrará una escritura que partiendo de una serenidad budista desnuda la miseria con belleza.

Tristessa, ambientada en Ciudad de México, es la histo-

ria de Kerouac (Duluoz) y una prostituta morfínomana. Pero también (**Ginsberg dixit**) es «una meditación narrativa que estudia una gallina, un gallo, una paloma, un gato y un perro Chihuahua».

En suma, como a menudo en Kerouac, el lector deambula por la cotidianeidad de seres en perpetua huída, pero a la vez



es invitado a percibir, a través de los momentos más sublimes de la prosa, la inocencia que se esconde en ellos. Las ilustraciones de **Dani Orviz**, espléndidas en su morboso barroquismo, acentúan el componente mexicano de la novela.